

LOS GRANDES FILMS
**mudos y
sonoros**



LA MUCHACHA DEL VOLGA

IGO SYM

EVELYN HOLT

**50
CTS**

Los Grandes Films

Mudos y Sonoros

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 18551

La muchacha del Volga

Producción sonora Hegewal-Berlín
Interpretada por Evelyn Holt e Igo Sym



Exclusiva de

Cinematográfica Almirá

Rambla de Cataluña, 46

BARCELONA



La muchacha del Volga

Argumento de la película

Rusia. Epocas brillantes del Zar... Soldados en la aldea... Risas de mozas, prendadas de los galanes de uniforme... Juramentos de campesinos.

El teniente Wladimiro Orloff era uno de los más audaces conquistadores de la milicia, un verdadero aficionado al amor. Durante las horas de descanso que seguían a las maniobras, dedicábase al dulce galanteo con las campesinas, y el éxito coronaba casi siempre sus esfuerzos.

Su asistente conocía las debilidades del oficial e iba siempre cargado con muñequitas de cartón, lindos juguetes que llevaban una banda de seda con estas palabras: "Te quiero".

El soldado proveía a su jefe de aquellos regalistos que causaban a las bellas y confiadas campesinas excelente impresión.

Un día, llegaron las tropas que realizaban importantes maniobras al lugarejo feudal de Wsewoldona, un magnífico caserón donde habitaban numerosos aldeanos, trabajando las tierras del poderoso señor que imponía a muchas leguas a la redonda su enérgica dominación.

Entre las muchachas que trabajaban en la casa figuraba Kotja, una sierva pobre y hermosa... dos condiciones enemigas de su honestidad.

Tan pobre era que carecía en absoluto de todo bien y hasta de toda familia. Si la hubieran echado del caserío se habría muerto de hambre. Tan hermosa que las mismas mujeres tenían que reconocer su deslumbrante belleza y los hombres se sentían deslumbrados por la gracia de aquel cuerpo arrogante.

Kotja era una muchacha risueña. A cambio de su miseria tenía el tesoro de su juventud, la gracia cálida de los veinte años, incomparable frescor que los viejos ricos no pueden comprar con todo el dinero del mundo.

Kotja, que había llevado siempre una vida honestísima, nunca sintió la turbación del amor. Eso sí, presentía que algún día había éste de llegar para hacerla su esclava. Pero ese sentimiento seguía siendo vago y difuso.

Aquel día, una gitana bohemia, trashumante de todos los caminos, predijo a Kotja el porvenir.

Contempló varias veces sus manos blancas que el trabajo no había podido deformar aún. Trazó sig-

nos cabalísticos sobre las líneas finas de la piel, y la profetizó:

—Veo amores en tu camino... Amores en cruz...
Un amor a tu lado... Otro amor que llega...

Kotja lanzó una graciosa carcajada y fué a encerrarse en su cuarto para meditar en las palabras proféticas.

Pero volvió a salir al escuchar sonido de trompetas y clarines... ¡Los soldados!... ¡Acaso el amor!

Efectivamente, las tropas acampaban en el pueblo... Los oficiales iban a hospedarse en el gran caserón.

Kotja les vió descender de sus caballos y de pronto se sintió turbada por la presencia de un militar que la estaba observando con los ojos inmovilizados por una agradable sorpresa.

Era el teniente Wladimiro, sempiterno don Juan a caza de aventuras, que se solazaba contemplando a aquella mujer silvestre que olía a heno y a virginidad.

Se le acercó decidido, con la tranquilidad del hombre que tiene práctica en el oficio.

—¡Qué bonita eres, mujer! ¿Cómo te llamas?

—Kotja—contestó la campesina que instantáneamente se había sentido prendada del militar como si éste fuera el príncipe azul soñado en sus apasionadas horas juveniles.

—¿Vives aquí?

—En el caserón.

—Entonces no será la última vez que te vea. Los oficiales vamos a hospedarnos aquí. Ello me dará



¡Los soldados! ¡Acaso el amor!

ocasión de poder decirte todo lo que merece tu belleza.

—Nada merezco, señor oficial.

—Eres tan modesta como encantadora... Voy a hacerte un regalito para que te acuerdes de mí.

Y le dió uno de aquellos finos muñecos que el asistente le proporcionaba con toda oportunidad.

Ella sonrió acariciando la figurita en la que brillaba la expresiva inscripción: "Te quiero".

La intempestiva presencia de un hombre de aspecto rudo, Pedro, el administrador de la finca, acalló el diálogo.

Kotja bajó los ojos como si le hubieran sorprendido en pecado y despidiéndose del militar volvió a entrar en la casa.

Pero ya no entraba sola. En su alma acababa de llegar un huésped sagrado: el Caballero Amor que tal vez venía para iluminar la existencia plena de anhelos interiores y de amargas realidades de la juventud de aquella sierva.

* * *

Para Pedro el administrador, eran las primeras frutas de los árboles y los besos primeros de las doncellas.

Hombre brutal, se consideraba señor de horca y cuchillo y era más dominador e inspiraba mayor miedo que el propio amo.

Hacía tiempo que deseaba a Kotja, pareciéndole que esa criatura primaveral debía reservar para



—¡Qué bonita eres, mujer!

él sus intactas caricias. La muchacha presentía el peligro, procurando rehuir el quedarse a solas con aquel hombre.

Pedro había visto al oficial y a Kotja en animada conversación, y sintióse invadido por una oleada de celos.

¡Odiosas tropas! No se contentaban con efectuar destrozos en los campos que quedaban luego inservibles a causa de las maniobras; hacían más. Muchas veces dejaban amargas huellas de su paso, inocentes víctimas entre las campesinas que escucharon sus halagadoras voces de sirena y luego lloraron para toda la vida el extravío de un momento.

Pedro dirigióse al encuentro de Kotja que se hallaba en una de las habitaciones arreglándose una cofia para lucirla durante el baile que se daba aquella noche en honor de los forasteros.

—¿Para quién se acicala mi bella? ¿Son para mí esos arrumacos?—le dijo.

—Ni para ti ni para nadie...

—Pues yo quisiera que fuesen para mí, ¿entendés?... para mí sólo.

Y al propio tiempo sus manos apretaron los brazos de Kotja y quiso atraerla hacia sí.

La jovencita dió un salto, temblorosa por el espanto que le inspiraban sus intenciones malévolas.

—No te asustes... Tú eres de esta casa... y todo lo de esta casa está en cierto modo bajo mis órdenes—dijo Pedro.

—Te equivocas. Sólo mi trabajo es tuyo... Sobre mi persona nadie tiene derecho.



—¿Para quién se acicala mi bella?

—¿Ni aquel oficial?

—¡Canalla!

—¿Me insultas? Pues vas a pagarlo con un beso.

Pero no pudo hacerlo. Apareció el cartero con un mensaje para el señor de la finca.

Kotja lo guardó y aprovechando la presencia del correo salió apresuradamente, dirigiéndose al comedor donde el señor Alexandrowistch, dueño de la comarca, almorzaba con toda tranquilidad.

—¡Hola, Kotja! ¿Qué pasa? ¿Suben ya los oficiales?

—Van a hacerlo de un momento a otro, señor. Pero han traído para usted esta carta.

—Dámela.

Aquel caballero feudal se había dulcificado con el trato de sus siervos. Jamás empleaba contra ellos procedimientos violentos; si acaso dejaba que se las entendiera con los revoltosos el administrador. El prefería vivir en paz, porque había descubierto que uno se siente más feliz viéndose rodeado de gentes que agradecen sus bondades que no al lado de siervos que obedecen a la fuerza, bajo el imperio de la tiranía.

Alexandrowistch rasgó el sobre y leyó la misiva:

Querido primo:

Mi hija está delicada y el médico nos aconseja pasemos una temporada en tu aldea.

Prepárate a recibir el abrazo de tu prima,

Anastasia.

Hizo un gesto de malhumor y arrugó nerviosa-

mente el papel. No, no. Siempre le habían fastidiado aquellos parientes de la ciudad y ahora que la casa estaba ocupada por los oficiales, los quería menos que nunca. Y se apresuró a contestar en sentido negativo al anhelo de sus parientes.

—Entrega esta carta al correo, Kotja—dijo a la campesina—. Y mucho cuidado con mirar a los oficiales, ¿eh? Debes cerrar los ojos al ver los uniformes.

—¿Tanto mal hay en ello?

—Para las mujeres de aquí fueron siempre funestas las maniobras. Conque procura no seguir la racha.

Kotja marchó a cumplir su cometido. Pero las palabras del dueño no se habían marcado en su alma. Toda ella se sentía bañada de un extraño anhelar, de la misteriosa embriaguez del más seductor de los vinos: el amor, amo y señor...

* * *

En la cercana ciudad, vivía Anastasia, viuda de quier y no puedo que disfrazaba su miseria con un aparatoso y falso lujo. Anastasia era mujer poco virtuosa y en los mismos defectos abundaba su hija Eva, muchacha de unos veinte años, llenos de la perversión tan frecuente entre la aristocracia de la desdichada Rusia.

Eva, imbuída por un espíritu excesivamente moderno, quería aprovechar bien la vida. Y para ello pasaba las tardes en casa de un capitán del ejército, afortunado galán que había conocido todas las emo-

ciones del amor en brazos de la despreocupada criatura.

La madre ignoraba o simulaba ignorar eso... También tenía sus teorías acerca de la libertad en el amor...

Escasísima de dinero había escrito a su pariente, el poderoso señor de Wsevoldona inventando la historia de que Eva estaba enferma a fin de que la admitieran por una temporada en su casa. De este modo las dos mujeres pensaban vivir varios meses a costa del millonario.

Su disgusto fué enorme al recibir la contestación a su demanda. Decía así:

Lamento la dolencia de tu hija, pero tengo en casa muchos oficiales que ocupan todas las camas. Ya os avisaré cuando terminen las maniobras.

Os saluda, Alexandrowistch.

Quedó anonadada. Precisamente estaba tan mal de fondos que les era indispensable ir a casa de su pariente. Y ese primo orgulloso y solitario se negaba a recibirles pretextando que estaba llena su casa, como si fuese un hotel.

Cuando llegó Eva de una de sus culpables citas de amor, la madre la miró enojada y dijo:

—Tu tío nos quiere tanto que se apenaría demasiado al verte tan enferma...

—¿Por qué?

—Lee y lo sabrás.

Eva sonrió desdeñosamente al enterarse de la contestación.



... pasaba las tardes en casa de un capitán...

—¡Bah! Ya le convenceré yo de que es preciso que nos admita.

—¿Le vas a escribir?

—A esta carta se contesta presentándonos en la finca... ¡Con lo que a mí me gustan los uniformes!

—¿No será demasiada audacia?

—Ya sabes, madre, que el mundo es de los valientes.

Y madre e hija se prepararon para ir a Wsevol-dona, situada a algunas leguas de distancia.

Mientras tanto, el caserón del señor Alexandrowistch daba la impresión de un inmenso cuartel... En todas partes soldados, soldados... Y con los soldados, amores que vuelan... amores de un día que nunca volverán.

El teniente Wladimiro había continuado cortejando a Kotja.

—Esta noche en el baile te diré que eres la mujer más hermosa del Volga. ¿Vendrás?

—No faltaré.

Ella se sentía infinitamente turbada por aquellos madrigales que nunca hasta entonces había oído. Entre los siervos no se usaban estos apasionados términos.

—He conocido innumerables mujeres por estas tierras de Rusia... pero ninguna tan adorable como tú—continuó diciendo el oficial.

Y luego de repetirle varias veces aquellos conceptos que sólo le salían a flor de labio sin que para nada interviniese en ellos el corazón, a pesar de que la confiada Kotja creía lo contrario, marchó a re-

unirse con varios compañeros que cerca de allí habían comenzado unas importantes maniobras tácticas.

Quedó Kotja como en éxtasis, acariciándole aún el oído las tiernas frases de amor, inéditas para ella, avezada a las palabras de los siervos en quienes la pasión parecía adquirir palpitaciones de tragedia.

Pedro apareció ante Kotja.

—Muy contenta pareces. ¿Qué te ocurre?

—Estoy como siempre. Ni alegre ni triste...

—No mientas.

—¿Qué quieres decir?

—¿No sabes que te he estado escuchando? ¡Idiota! ¡Tú no eres mujer para saraos de oficiales! No debes ir a la fiesta de esta noche.

—Te dije una vez que no mandabas en mi persona... Asistiré al baile porque me place.

Después de una cena opípara a la que asistieron todos los oficiales, presididos en la mesa por el señor de Alexandrowistch, celebróse el baile en uno de los pabellones.

Asistieron, amén de los militares, muchas aldeanas, gentiles y rubias criaturas del Volga, que consideraban el colmo de la felicidad aquella fiesta improvisada y magnífica.

Bebióse champaña, hubo canciones y bailes impregnados del ritmo desgarrador que tienen todos los cantos de los esclavos.

Wladimiro no abandonó un instante a Kotja que, alma romántica y de una sensibilidad casi enfermi-

za, iba rindiéndose poco a poco a las falaces palabras del conquistador.

La fiesta se prolongó hasta muy tarde...

De pronto irrumpió en el salón Pedro, el administrador. Con una sola ojeada se hizo cargo de la situación. Lo de siempre... flirteos, galanteos, tal vez algo peor...

¿Por qué los hombres del pueblo aguantaban ese abuso? ¡Cobardes! Pues él, por su parte, no consentía aquello.

Acercóse a Kotja que con los ojos fijos en el militar no había observado la llegada del administrador.

La cogió por una muñeca apretándosela con brutalidad.

—¿Qué haces aquí? ¿No te he dicho yo que te fueses a dormir?

—¡Me has asustado! Vete... Estaré aquí toda la noche... como todas mis compañeras.

—¿No comprendes que?...

Pero el teniente Wladimiro se puso en pie y le habló con agresividad:

—¿Por qué molestas a la muchacha? Ella está aquí por su propia voluntad... Nadie le impide marcharse si es su gusto...

—Yo no quiero irme—protestó Kotja acariciando con sus manos aladas y tan femeninas las manos del oficial.

—¡Pues quédate, idiota!—gritó Pedro—. Tal vez algún día te hayas de arrepentir de ello.

Desapareció rápidamente sintiéndose objeto de



... no abandonó un instante a Kotja...

la burla de los oficiales que continuaron bromeando con las confiadas muchachitas. Pero a Pedro sólo le interesaba ahora Kotja... Y tenía la sospecha de que la campesina sería víctima del militar.

No se equivocaba. Aquel Don Juan moderno supo con sus palabras, con sus mimos, con su simpatía, conquistar el corazón y la voluntad de Kotja.

Acabada la fiesta la propuso en voz baja algo que colmaba sus ilusiones de Tenorio, de hombre sin conciencia a quien poco le importa perder a una mujer con tal de poder vivir una de esas horas que no se olvidan nunca...

Aun ella se negó, con esa voluntad vacilante de las mujeres predestinadas a la caída.

—No... no... Si lo supiesen...

—Nadie sospechará nada... Entraré en tu cuarto al mismo tiempo que tú... ¡Toda la noche para nosotros dos, queriéndonos, siendo el uno del otro!...

¡Desdichada muñequita que no supo resistir a aquella voz de mágica sirena!

Y así cuando todo el mundo se retiró a sus habitaciones, Kotja, sigilosamente, seguida de Wladimiro se dirigió a su cuarto.

Aún tuvo un gesto de resistencia junto a la entreabierta puerta.

—Vete... vete. No puede ser.

—No tengas miedo, muñequita... Quiero decirte una vez más cuánto te quiero.

Y entró con ella en la habitación cerrando por dentro la llave.

Pedro y unas campesinas que habían estado es-



La fiesta se prolongó hasta muy tarde...

piando en el pasillo se miraron con gesto de asombro.

—¡Y se hacía la santita!—murmuró una de las aldeanas.

—¡Es una mala mujer... una perdida! — rugió Pedro, enfurecido al ver la facilidad con que el oficial había conseguido sus fines, mientras él había tenido tan rotundo fracaso.

Todos se alejaron murmurando en voz queda contra la despreocupada mujer.

Poco después reinó por todo el caserón el infinito silencio, donde se forjan tantas irreparables cosas.

* * *

Al otro día, Anastasia y su hija Eva subieron al trineo y tomaron ruta hacia el palacio de Alexandrowistch.

Seguras estaban de vencer la obstinación de ese pariente rico.

Llevaban algunas horas de camino cuando se vieron detenidas en medio de la carretera por un grupo de soldados que quisieron obligarlas a volver atrás.

—Pero es que nosotras...

—¡Está prohibido el paso!... ¡Maniobras militares!

—Tenemos precisión de seguir nuestra ruta... Yo les ruego...

No tardó en aparecer el comandante, un apuesto

caballero quien hizo más agradable su sonrisa al ver a las dos mujeres.

—¿Qué ocurre?

—Señor comandante... ¿No habría modo de poder seguir adelante? Nos espera nuestro pariente... el dueño de estas tierras...

—En este caso... no hay inconveniente... A ver... un oficial... Usted, teniente Wladimiro... haga el favor...

Presentóse el aludido con su sonrisa de ufanía, de júbilo en los labios. Aun sentía sobre éstos el recuerdo de la boca de Kotja que durante la última noche le brindó su fruto de dulzura.

—¡A la orden, mi comandante!

—¡Teniente Wladimiro! ¡Acompañe a estas damas hasta la finca!

Saludó a las dos mujeres teniendo para la más joven una de sus insinuantes y lánguidas miradas de don Juan.

¡Qué mujer! ¡Qué aire de picardía, de voluptuosidad, de cosa felina y misteriosa! ¡Una gatita cuyos arañazos debían ser inolvidables!

También Eva, otro temperamento que se quemaba en el fuego del amor, tuvo para Wladimiro tiernas efusiones.

Partió el trineo y un cuarto de hora más tarde llegaban a la posesión de Alexandrowistch.

Sorprendióse desagradablemente el propietario al ver allí a sus parientes. Pero disimuló su contrariedad no queriendo aparecer enojado ante Wladimiro.

Más tarde el teniente que había estado conversando con Eva, se alejó, y Alexandrowistch recriminó a sus primas su intempestiva llegada.

—No podéis permanecer aquí... Mi casa está ocupada.

—Eva está delicada de salud y yo he considerado prudente que goce de los aires campesinos.

—Pues el rostro de Eva parece el de una muchacha sana. Resumiendo... Me parece a mí que lo que necesitáis es dinero. Os daré un cheque, pero marchad ahora mismo.

Anastasia pareció dispuesta a aceptar, pero Eva se negó rotundamente. Su debilidad por los oficiales la llevaba a permanecer en aquel caserón donde la vida se debería deslizar alegremente.

—No, mamá... Dormiremos donde sea, en cualquier parte... pero no nos movamos de aquí. Estos aires me encantan, siento que mis pulmones se llenan de salud, de vida... No volvamos a la ciudad infecta.

—Pero si no hay sitio...

—No importa. Algún rincón habrá para dos pobrecitas mujeres solas.

Acabó Anastasia por dar la razón a su hija, y Alexandrowistch tuvo que rendirse.

Aparecieron varios militares de alta graduación quienes saludaron con el encanto y la alegría que inspira siempre la presencia de la mujer, a las dos huéspedes.

Grata sorpresa les había reservado el señor Alexandrowistch.

Wladimiro no se movía del lado de Eva sosteniendo con ella una conversación llena de evocaciones de la ciudad y de sus lujos.

Varias veces pasó Kotja por el salón con servicio de licores.

La ingenua muchachita que la noche anterior había sacrificado su honra al capricho de aquel militar, contemplaba con cierto temor y disgusto a Wladimiro quien a su vez rehuía su mirada para fijarla únicamente en Eva.

Kotja experimentaba malestar. Comenzaba a presentir el declive de la pasión, una vez llegada a la cumbre.

Anuncióse que la cena estaba servida. Todos se levantaron. Wladimiro dió el brazo a Eva; el comandante a Anastasia.

—¿Y estarán ustedes muchos días aquí?—preguntó Wladimiro.

Una sonrisa de tristeza pasó por los labios adorables de la muchacha.

—Tal vez marchemos hoy mismo... Ya ve usted, señor oficial. Por ustedes, mamá y yo dormiremos al raso... Como no hay puesto en la casa...

Los militares se miraron unos a otros, prontos al sacrificio por tan agradables damas. Pero Wladimiro fué el primero en romper el silencio:

—¡Mi cuarto está a su disposición! ¡Soy soldado y caballero!

Los demás oficiales brindaron igualmente sus habitaciones a las damas, y de este modo, el proble-

ma quedó resuelto. Dos estancias quedaban vacías y a disposición de Eva y de su madre.

Wladimiro y otro oficial dormirían en lechos improvisados.

La cena fué opípara, con la esplendidez del hombre rico que no repara en medios para hacer inolvidables los días de estancia de sus huéspedes.

Durante la cena, la pobrecita Kotja, que servía a la mesa, sufrió profundas amarguras al ver el constante "flirteo" a que se entregaban el oficial y la señorita... ¡Y aquel hombre, aquel militar que la noche anterior entre besos y suspiros le había jurado que la amaría siempre, ni siquiera alzó ahora una vez sus ojos para mirarla!

Alexandrowistch dijo a Anastasia señalándole con disimulo a Eva y al oficial:

—He ahí una solución para vosotras... Ese oficial... es un perfecto caballero... y muy rico... Si se casase con Eva, saldríais de apuros.

—¡Ojalá!

Eva pareció presentir que estaban hablando de ella y contempló a su madre quien le hizo un gesto de aprobación, como si la invitase a perseverar en aquella política de conquista.

A la hora de los brindis el comandante alzó su copa de vino brindando por Wladimiro y el otro oficial que habían cedido sus habitaciones.

Wladimiro y su compañero tuvieron que agradecer el brindis, asegurando que todos los militares, para quienes el culto a la mujer constituía una se-

gunda religión, estaban dispuestos a obrar de la misma manera.

La sobremesa fué larga. El champaña, abundante y superior, era ávidamente bebido.

Luego pasaron al salón cercano donde la tertulia se animó con cánticos y alegres risas.

Eva siguiendo los consejos maternos, procuraba conquistar al teniente. Anastasia le había dicho unos momentos antes que Wladimiro era inmensamente rico y que si se casaba con él podrían tener resuelto el problema dificultoso de la vida.

Y Eva, aunque sin amor alguno hacia Wladimiro, acaso únicamente un superficial interés, se propuso atrapar a aquel buen partido que iba a ser la garantía de un porvenir espléndido y sin complicaciones.

Los dos jóvenes se habían dirigido a un rincón de la estancia. Wladimiro murmuraba al oído de la bella las más dulces frases de su repertorio. Un cortinaje les separaba de la vista de las demás personas...

Eva parecía aceptar muy complacida aquellos requiebros, y el oficial ya apuntaba un nuevo nombre en la lista interminable de sus conquistas.

Audaz, estrechó entre sus brazos a la muchacha y la besó... Y ella en vez de disgustarse, o de protestar contra aquel atrevimiento, le besó también una y otra vez, con besos silenciosos.

Anastasia había observado como su hija y el oficial se ocultaban detrás del cortinaje.

Con una aparente ingenuidad y del brazo de un

militar se dirigió hacia el rincón donde estaban los tórtolos, y como al descuido descorrió la cortina.

Eva y Wladimiro que permanecían abrazados se separaron mirando a los recién venidos, con verdadero espanto el oficial, pero sin demostrar gran rubor la caprichosa Eva.

Anastasia se dió cuenta de que el momento era ni de pintado para comprometer al teniente, y así dijo a Eva con cierta fingida compasión:

—¡Ay, hija mía! ¡Eres demasiado sensible!... ¡Tienes el corazón tan blando como tu madre!... Te has enamorado ya de ese oficial, ¿verdad? Dichoso de usted, señor, que se va a llevar la perla más gentil de mi casa.

Wladimiro estaba turbado. Comprendía que no podía volver atrás, que había comprometido gravemente la dignidad de una “señorita” tan “honesta” como Eva.

—Señora, yo...

Las fuertes voces y aspavientos de Anastasia atrajeron a los oficiales y a Alexandrowistch que sonreía, dándose cuenta de lo verdaderamente ocurrido. ¡Eran listas las dos mujeres! ¡Magníficas Dianaz cazadoras que asediaban al hombre y lo vencían a su antojo!

El comandante que iba con Anastasia, dijo a sus amigos para explicarles la escena:

—¡Caballeros oficiales! ¡Un compañero nuestro ha sido herido gravemente en el corazón!

Se apresuraron los militares a felicitar a Eva y a Wladimiro. Así era el verdadero amor. Cosa rá-

pida, como esos grandes fuegos que en pocos instantes todo lo devoran.

Wladimiro aunque aparentaba serenidad se sentía anonadado por los acontecimientos.

¡Buena la había hecho! ¡Por una imprudencia se había comprometido gravemente hasta el extremo de no poder volver atrás! ¡Ya no tenía otra solución que casarse! Y para él que siempre había rendido culto a la libertad, esto era un sacrificio inaudito...

Pero, era imposible negarse sin mengua de su propia dignidad. Y resignado tuvo que recibir las felicitaciones de sus amigos que contenían difícilmente la risa, pues recordando sus alardes de celibato perpetuo no comprendían cómo se había dejado cazar como una alondra.

Wladimiro se consolaba contemplando a Eva. ¡La mujer era estupendamente bonita! Y aunque su belleza no valía de todos modos lo que vale el don de la libertad, hacía más llevadero su sacrificio.

A más de media noche terminó la velada. Anastasia y Eva se retiraron a su cuarto para saborear su triunfo; Wladimiro con un compañero a una habitación del último piso donde les habían improvisado un dormitorio.

Unos militares, antes de ir a descansar, salieron al patio comentando los incidentes de aquella noche.

Kotja que rondaba por allí se detuvo entre las sombras a escucharles.

—¡Lo que es la vida! — comentaba uno de

ellos—. ¡Besas a la criada y al limpiarte los labios olvidas el beso!... Besas a una señorita... ¡y te casan con ella!

Kotja se estremeció

—¡Todos los Don Juanes acaban así! ¡Al pobre Wladimiro le han cazado como un escolar!

—¡Y él que se las echa de inexpugnable!

—¿Qué quieres? Aun los hombres no hemos sabido vencer a las mujeres, a pesar de todas nuestras bravatas.

—¡Pobre Wladimiro! ¡Se acaban sus días de soltero!

—El tiene la culpa.

Kotja rompió silenciosamente a llorar... Dióse cuenta del drama de su vida... Wladimiro se casaba con la señorita Eva quien tal vez no le amaba. ¡Y ella, ella, que había dado al oficial su corazón y su honra, lo perdería para siempre!

Esta idea la asustó y quiso luchar para defender el amor a toda costa, para hacer cumplir al oficial la palabra que le había dado de no abandonarla nunca.

* * *

Pero en vano quiso hablar a solas con Wladimiro. Este no se hallaba nunca solo. Siempre estaban con él Eva o los oficiales... Y aun Wladimiro procuraba apartarse todo lo posible de cualquier ocasión de estar con Kotja, como si esa mujer le inspirase miedo.

Y Kotja, comprendiendo que había sido engañada, que aquel militar no era más que un don Juan

que iba a caza de sus caprichos, y una vez conseguidos ya no le interesaban, no insistió en volver a verle, prefiriendo llorar a solas su dolor y su desilusión, pues seguía amándole con el alma entera.

Y un día los militares marcharon, terminadas las maniobras. Y salieron hacia la ciudad Eva y su madre... Eva estaba radiante de júbilo; iba a casarse pronto con Wladimiro.

¡Pobre Kotja! Cada vez estaba más pálida y doliente; además parecía rodearla un sentimiento de hostilidad como si las gentes enteradas de su falta la apartasen de su compañía.

Pedro había hecho correr la noticia de que Kotja pasó una noche con el oficial, y esto bastó para que el círculo de odio se estrechara cada vez más hasta pretender asfixiarla.

Pasaron meses... Del camino se borraron para siempre las huellas de los caballos... Ya parecía no quedar ningún vestigio de aquellos militares que trajeron la alegría, el amor... y el dolor.

Para Kotja venían días crueles. La naturaleza parece ser cruel e injusta con la mujer. Mientras para el hombre, el pecado no deja más que agradables recuerdos, para la mujer es el dolor y el estigma al sentir que late en las entrañas el fruto de una nueva vida.

Kotja iba a ser madre. En vano procuraba ocultar su situación. ¡Ya era imposible!... Y con criminal instinto se burlaban de ella, la señalaban y hacían mofa de su estado, aquellas mujeres, muchas



... seguía amándole con el alma entera...

de las cuales si no cayeron no fué realmente más que por cálculo y prudencia.

La desdichada vivía como alelada, como fuera de la realidad... Iba a tener un hijo, un hijo del pecado. Y estaba segura de que la echarían del caserón para no ser motivo de escándalo entre las gentes.

Apenas trabajaba, cada vez se sentía más enferma, deseando permanecer siempre sentada o tendida, sin otra voluntad que la voluntad de Dios.

Un día la sorprendieron en aquella inmovilidad Pedro y varias campesinas.

—¡Miradla!—dijo una mujer roja y fea como un diablo—. ¡No trabaja! ¡Espera que vuelva su príncipe azul!

—¡Ya hace bien en esperar sentada!

Pedro contempló a la seducida y la dijo con intensidad, gozándose en la hiel de sus palabras: .

—¿Y qué? ¿Aquel muñequito es chico o chica?

Sonaron grandes risas que enmudecieron ante la voz suplicante:

—¡Por favor! ¡Dejadme!

—¡Ya no puedes quedarte aquí!—gritó Pedro increpándola—. ¡Una mujer en tu estado es causa de deshonra!... ¡Las gandulas a la carretera!... ¡Las perdidas a la ciudad!

—¡Ya me iré... ya me iré!...

—Ahora mismo... Es orden de nuestro amo.

—¿También el amo está contra mí?

—¿Te parece mal? Eres la vergüenza del lugar...

¡Vete ya!

La pobre Kotja se levantó, recogió su ajuar y emprendió su ruta camino adelante hacia la ciudad que acaso tuviese también para ella la misma sonrisa glacial de las gentes de Wsevoldona.

* * *

Eva y Wladimiro llevaban ya algunos meses casados. Eran felices con esa dicha tan fácil de alcanzar cuando nos envuelve la riqueza y se pueden satisfacer todos los caprichos.

El matrimonio se quería sin grandes apasionamientos. Eva añoraba a veces su libertad de solterita, pero se conceptuaba bien pagada ante el lujo que la rodeaba. Wladimiro experimentaba igualmente la añoranza de sus días de soltero cuando podía cambiar de amor cada semana... Pero uno y otro se guardaban absoluta fidelidad... Ella se mantenía en un plan de mujer decentísima... y en cuanto a Wladimiro era un marido modelo.

Nada de aventuras; la última le había costado demasiado cara y eso que fué la más inocente. Se consideraba satisfecho de tener una fiel compañera a la que podía presentar a todo el mundo sin avergonzarse. Así al menos lo creía él.

Algunas veces Wladimiro se acordaba de las mujeres que habían pasado por el camino de su vida y se fijaba en una de las más recientes: la campesina Kotja. Casi sentía remordimiento de haber entrado en el corazón de ella y como un ladrón haberle robado la pura flor de la inocencia.

Cierto día, Eva que tenía el ansia de aturdirse,

de divertirse sin parar un instante, quiso ir con su marido a un cabaret.

Escogieron "El Cabaret Azul", un lugar de gran postín, que era bar, teatro y "dancing" al propio tiempo.

El joven matrimonio ocupó un palco... Eva sentíase radiante de alegría al vivir en aquel ambiente; por el contrario, su marido que estaba cansado de esa atmósfera tan falsa y aburrida del cabaret, experimentaba una gran fatiga.

Aparecieron en el escenario varios músicos tocando canciones del Volga, de ritmo nostálgico, pero acaso poco apropiado al ambiente de disipación de un establecimiento de aquella clase.

Uno de los clientes, que era empresario de numerosos teatros, y que aquella noche había ido a pasar un rato a "El Cabaret Azul" llamó a un criado y le dijo:

—Avisa al ganso del director.

No tardó éste en aparecer deshaciéndose en reverencias al distinguido compañero.

—¿A esto le llama usted divertirse? Esas canciones del Volga son lo más aburrido del mundo... ¿Es que ya no hay chicas guapas en Rusia?

—¡Oh, indudablemente, señor Cheraw! Ahora saldrán unas bailarinas que creo serán de su agrado.

Y el empresario desarrugó el ceño al ver aparecer varias artistas ligeritas de ropa y de gestos... Esto ya estaba mejor, esto ya era otra cosa. Y comenzó a sonreír, con su sonrisa grotesca de cincuentón.

Mientras tanto Eva había visto en un palco a un capitán, su antiguo amigo en cuya casa había pasado de soltera tantas tardes de intimidad.

Se sorprendió agradablemente ante la presencia del hombre que había constituido para ella el encanto de lo misterioso. También el capitán la vió y saludó casi imperceptiblemente mirándola luego con una fijeza amorosa.

Wladimiro sorprendió de pronto las miradas entre Eva y el capitán e hizo un gesto de disgusto. Ella entonces, con toda tranquilidad desvió la cabeza fijándola en el escenario.

El capitán aprovechando un entreacto, salió de su palco. Eva audazmente se levantó también y salió, pretextando que iba al tocador.

En el pasillo encontróse con su antiguo amante a quien estrechó las manos con ansiosa efusión.

—¡Petrow!—le dijo—. ¡Cuánto te he añorado!

—¡Vuelve a mi casa!... ¡Te he esperado siempre! ¡Eres lo más agradable de mi vida!

—¡Mañana vendré!

Wladimiro en su palco observó de pronto que el capitán había desaparecido.

Excitado por súbitos celos y recordando las miradas cruzadas entre Eva y el oficial, pensó alarmado si los dos estarían hablando en el corredor.

En el instante en que iba a salir apareció Eva que ya se había despedido del capitán.

—¿No nos quedamos?—dijo ella al verle de pie.

—No. Estoy cansado del espectáculo y de todo lo de aquí.

—Pero...

—No insistas. Salgamos.

Contrariada la esposa obedeció no sin decir:

—¡Qué estúpida ocurrencia! ¡Marcharnos ahora!

Al llegar a casa, Wladimiro recriminó con enérgicas frases a su mujer el que hubiese estado mirando al capitán.

—¿Es que dudas de mí?—dijo ella.

—No dudo... pero la mujer honesta además de serlo, debe de parecerlo. No lo olvides.

—¡Soy tu mujer!... ¡No soy tu criada, y no te admito que me hables con ese tono!

—Ni yo que me pongas en entredicho.

Eva, furiosa, corrió a encerrarse en su cuarto, mientras el teniente encendía con nerviosidad un cigarrillo y por primera vez se preguntaba si su forzoso matrimonio no iba a ser un mal negocio.

* * *

Kotja sufrió grandes miserias en la ciudad. Un día, muerta de hambre y de fatiga, sintiéndose enferma, cayó desvanecida en una de las más pobres vías de la urbe.

La recogieron unas humildes gentes, padre e hijo quienes compadecidos de aquella desdichada la llevaron al hogar donde ellos habitaban para ofrecerle cama y alimento.

La mujer del obrero, modelo de madres y de almas caritativas, la acogió con verdadero cariño... Y Kotja, sintiendo el ansia de contar a una alma amiga todo su dolor le explicó su calvario, cuanto

e había sucedido y mostróle el retrato del oficial Wladimiro que éste le había dado la noche de la seducción.

¡Pobre muchachita! La obrera se compadeció con todo su corazón de la criatura sacrificada a la brutalidad de los instintos egoístas que prescinden del mal ajeno.

Aquella misma noche Kotja dióse cuenta de que iba a ser madre. El obrero fué a buscar un médico quien llegó a la madrugada para atender a la joven.

Y horas después, un robusto niño dejaba oír en aquella casa su balido tierno de corderillo.

Aquel matrimonio humilde se dispuso a no abandonar a Kotja. Desde ahora ella tendría un hogar lo mismo que el recién nacido... Y Kotja con lágrimas en los ojos agradeció a aquellas buenas gentes su noble corazón, que le daba alientos para vivir ahora más que nunca por el hijo del amor.

Alex, el hijo de los obreros, estaba radiante de alegría, por el nacimiento del niño.

—¡Gracias, Santa Madre de Kasan! ¡Ya tenemos un niño!

Y sus catorce años traviosos se alegraron del acontecimiento que alteraba en aquella casa la cotidiana monotonía.

Y así pasaron varias semanas. Ya Kotja se sentía en su propio hogar, pero como no quería ser gravosa a aquellas buenas gentes, quiso emplearse en alguna cosa.

Mas ¿qué iba a hacer ella si nada sabía hacer?

Pero un día en que Alex tocaba con el acordeón ritmos del Volga, ella, sin querer, después de dar un beso a su hijo, comenzó a bailar y lo hizo tan maravillosamente, con tanta esplendidez que aquella familia obrera consideró que en las tablas tenía Kotja su porvenir.

Alex, aquel chico de catorce años, que ya parecía un verdadero hombre, se encargó de realizar las gestiones para contratar a Kotja. Alex hacía de "botones" en "El Cabaret Azul" y esto, según él, creía sería favorable a la muchacha.

Y Kotja se entregó por entero a lo que hiciese aquella familia hospitalaria, aquella buena gente donde había encontrado un verdadero hogar de los brazos abiertos.

Al día siguiente, Alex comunicó a Kotja con un énfasis de muchacho que obtiene un buen triunfo:

—¡He hablado con el director!... ¡Tú bailarás en el escenario y yo te haré respetar a mamporros en el cabaret!

Se dirigieron a "El Cabaret Azul" donde el travieso Alex presentó Kotja al empresario.

Este la examinó con atención, la hizo dar varias vueltas y entusiasmado por su arrogante figura y su belleza, le dijo:

—¡Me gustas... y como el público tiene mi gusto, tendrás un éxito!

Y desde aquel día comenzaron las lecciones. Y Kotja demostró que había en ella un gran temperamento de artista.

Acallando el dolor de su vida, los amargos re-

cuertos que la ensombrecían, consideró que en lo sucesivo se debía a su niño y, por lo tanto, tenía que buscar un medio para vivir y no ser tampoco una carga para aquellas buenas gentes que la acogieron con la efusión simpática de los humildes.

Iba a debutar uno de estos días y se le auguraba un triunfo esplendoroso. Alex la acompañaba por el cabaret, dispuesto a defenderla con sus energías de hombrecito... El empresario estaba seguro de haber hecho una gran adquisición. No sólo bailaba bien sino que además era de una de esas bellezas cálidas que valen una fortuna.

O mucho se equivocaba o aquella artista nueva iba a ser un filón de oro para "El Cabaret Azul".

* * *

Un día, el teniente Wladimiro adquirió la convicción de que su esposa le engañaba. Más que celos sintió un profundo desprecio por aquella mujer cuya alma le pareció de repente canallesca y podrida.

Quiso cerciorarse de la verdad, ver si realmente eran ciertas sus sospechas. Iba dándose cuenta de que Eva no le quería y que lo único que le interesaba era la ostentación.

Cierta tarde siguió a su esposa. Ella, confiada, creyendo en la absoluta ignorancia por parte de su marido, dirigióse a casa del capitán.

Subió tranquilamente la escalera y al llegar al rellano del piso principal, sintió pasos detrás de

ella y volviéndose rápidamente encontróse con su marido.

Lanzó un grito de espanto al comprender que no podría justificar aquella visita.

—Wladimiro, yo...

—No te excuses—dijo él con una frialdad aterradoras.

Y uno de sus dedos apretó el timbre de la puerta.

—Pero ¿qué haces?

—¿No ibas a llamar? Me adelanto.

Abrióse la puerta. Horrorizada ante aquella frialdad que parecía conceptuar alguna venganza terrible, entró ella en el piso, seguida de su esposo.

El capitán que con creciente ilusión esperaba una vez más a la adúltera abrió desmesuradamente los ojos al ver al marido de su amiga.

Dióse cuenta de que no había posibilidad de engaño alguno y dijo sencillamente:

—Estoy a sus órdenes.

El se echó a reír.

—¿A mis órdenes? ¡No! ¡Mejor es que se ponga a las órdenes de esa mujer! ¡Se la regalo, caballero!

—Teniente, yo...

—He querido verlo por mis propios ojos. Ya me basta. ¡Quédese usted con ella!... Me repugna todo cuanto se refiere a esa desdichada a la que cometí la locura de hacer mi esposa. ¡Puah!

Y con un gesto de asco volvió a salir de piso, mientras Eva se echaba a llorar de rabia y de impotencia ante aquel desprecio. Hubiera preferido ver

a su esposo violento y terrible, como un marido ultrajado de novela, y no con aquella frialdad helada de hombre superior y despectivo. Y el propio capitán Petrow experimentó igualmente una extraña repulsión hacia su cómplice como si le horrorizara ahora aquel adulterio.

Al día siguiente el teniente Wladimiro fué a entablar el divorcio contra su esposa, y Eva, desolada por lo ocurrido, que acaso significase hundirse de nuevo en la sima de la pobreza, volvió a casa de su madre quien la recriminó no haber sido demasiado prudente.

Wladimiro, rota su vida por el desengaño y recordando por contraste a las mujeres que habían pasado por su vida y muchas de las cuales habrían sido seguramente mejor esposas que aquella perdida Eva, quiso distraer su insoportable tedio y aquella noche dirigióse con varios amigos a "El Cabaret Azul".

Era precisamente la noche del debut de Kotja. ¡Bien ajeno estaba el militar a la gran sorpresa que iba a experimentar dentro de poco!

El dueño del cabaret saludó a Cheraw, el famoso empresario diciéndole que hoy no se iba a quejar del espectáculo.

—Debuta una muchacha maravillosa. El cuerpo más bonito del mundo.

Descorrióse el telón, y Kotja, ocultando la emoción que la embargaba, y después de ser animada por otros artistas y por Alex que entre bastidores la aplaudía, apareció en el escenario.

Dueña de pronto de sí, bailó bien, maravillosamente. Su cuerpo de escultura se trenzaba adquiriendo formas de incomparable belleza. El entusiasmo era extraordinario.

—¿Qué tal?—dijo el dueño a Cheraw.

—¡Superior! Cuando haya terminado su número, quiero cenar con ella.

—Yo le avisaré.

Wladimiro, que apenas había prestado atención a la artista, preocupado por su tragedia conyugal, fijó de pronto distraídamente sus ojos en ella y quedó sobrecogido por la sorpresa.

¿Estaba soñando? ¿No era acaso aquella mujer la Kotja campesina, la muchachita que le brindara las mieles de sus inolvidables encantos? ¿Era una visión?

Tembloroso cogió el programa y vio la fotografía de ella con esta inscripción: "Hoy debut de Kotja, la muchacha del Volga".

¡Era ella! ¡Ella!... Y de repente recordó sus ternuras, y sus halagos, y sus bondades de aquella noche, y sintió que era la única mujer, entre todas las mujeres, que él había querido de verdad.

Nerviosamente trazó en un papel estas líneas:

Kotja... Tú eres lo único bueno de mi vida. Te espera tu amor de un día.

Wladimiro.

Salió a los pasillos y quiso ir al escenario, pero le impidieron la entrada.

Alex, el buen compañero de Kotja, le conoció por

el retrato que ella tenía siempre en casa. ¿No era acaso aquel oficial el enamorado de la artista?

Se acercó a él y le dijo:

—¿Qué desea?

—Hazme el favor, muchacho. Entrega esta carta a Kotja. Dila que la aguardo... que me muero por ella—exclamó neviosamene.

—Yo se lo diré.

El muchachito pensando en al alegría que iba a darle a Kotja cuya historia conocía, se dirigió a su camarín. Pero antes de que pudiera llamar apareció el empresario quien al verle el papel se lo arrebató violentamente.

—Déme ese papel—protestó el muchacho—es para Kotja... para mi amiga Kotja...

—Ya se lo daré yo.

Y entró en el camarín cerrando detrás de él la puerta.

Alex tuvo que volver al lado de Wladimiro a decirle lo que había pasado. Tal vez le contestase en seguida.

Leyó el empresario la nota que guardóse luego en el bolsillo dispuesto a no dársela a Kotja.

Luego de felicitar a la artista por su triunfo le dijo:

—El empresario más poderoso de Rusia desea saludarte.

—¿Para contratarme?

—Seguramente.

Salieron por una puerta lateral encontrando en otro de los pasillos a Cheraw quien felicitó ardien-

temente a la joven mientras sus ojos voluptuosos la devoraban.

Luego los tres se dirigieron a un comedor reservado.

Wladimiro que se hallaba en el cercano bar vió pasar a Kotja entre aquellos dos hombres, pero no se atrevió a ir a su encuentro. Se sentía tan avergonzado que esperaba una contestación de ella, sin la cual no se animaba a hablarla.

El empresario dejó solos a Kotja y a Cheraw y éste ofreció una copa de champaña a la muchacha que comenzaba a estar asustada, sospechando intenciones poco agradables en aquel hombre.

Wladimiro al ver que el dueño del cabaret salía del comedorcito reservado y corría la cortina, sintió celos, sospechas terribles. Y avanzó hacia el comedor y entreabriendo la cortina vió como aquel hombre voluminoso y terrible acariciaba y besaba con fruición el brazo desnudo de la joven.

Quiso entrar, sintiendo la desilusión de que aquella mujer tan amada, pudiera lanzarse igualmente al pecado, pero se sintió cogido por el brazo del dueño del cabaret quien alejándole de allí le dijo:

—¡Caballero, no se interponga en el camino de esa mujer!... ¡Llegará adonde quiera!... En el bar encontrará usted otras sonrisas.

Vacilante, sin poder concebir que aquella criatura fuese culpable, dirigióse al bar.

Instantes después vió como la cortina del comedorcito se descorría y de ella salía Kotja y Cheraw.

—¡Apártese! ¡No quiero nada con usted! ¡Déje-

me!—decía la muchacha limpiándose los labios de un beso que aquel hombre le había dado.

—¡Estúpida! ¿A qué esos remilgos? — gritaba Cheraw—. ¿Es que no estás acostumbrada? ¡Cualquiera diría que es la primera vez!...

Apareció el dueño del cabaret quien ofendido por la actitud de Kotja la cogió por un brazo y la dijo despectivamente:

—¡A la calle! ¡Imbécil! ¡En esta casa sólo interesa el cuerpo de las bailarinas! ¡Ya debías suponerlo!

En aquel momento Kotja vió cerca de allí, ante el mostrador del bar, contemplándola con espanto, a Wladimiro, el padre de su hijo. Y sintió una vergüenza inmensa, desesperante... Creyó que el oficial la consideraría una mala mujer, una artista de cabaret acostumbrada a la vida inmoral, y lanzando un gemido doloroso, salió rápidamente.

Wladimiro, indignado, arrojóse sobre el empresario y le gritó con toda la fuerza de su alma:

—¡A una mujer no se la trata así, malhombre! ¡Kotja no es una perdida como esas! ¡De mi Kotja no hará usted dinero, canalla!

Alex le ayudó a zurrar al dueño del cabaret y a Cheraw, y luego Wladimiro y el muchacho marcharon a casa de los obreros con la esperanza de encontrar allí a la bailarina.

—¡Explicame cosas de ella! ¡Háblame!—le rogaba el oficial.

—Es la mujercita más buena del mundo. Yo se lo aseguro.

E iba desgranando ante los ojos del oficial el tesoro de virtudes que atesoraba aquella criatura. Nada le quiso decir aún de su hijo, ya lo sabría al llegar a casa.

Kotja no estaba en casa. Había llegado hacía un cuarto de hora, pero volvió a salir.

—Parecía agitada, nerviosa—dijo la madre de Alex que había reconocido con emoción al oficial como al del retrato.

—¿Dónde puede haber ido?

—Yo no sé... ¿Qué será ahora de su hijito? — murmuró la mujer.

—¿Su hijito?

Entonces con profunda emoción, sospechando la terrible realidad, Wladimiro acercóse a la cuna y vió en ella a un hermoso niño rubio.

Lo acarició tiernamente, besó sus mejillas, sus manitas delicadas.

—¿Y ese niño... acaso...?—pregutó.

—Su madre le quiere mucho... mucho—explicó la obrera—. Ella le enseñaba siempre el retrato de usted... Cuando le besa parece la virgen del altar...

Un profundo remordimiento agitó al oficial... ¡Y aquel niño era el fruto de aquel amor que él hasta aquel día había tenido olvidado! No, no podía ser, no debía ser...

Fijóse en un papel que había sobre la cuna y que decía así:

Cuiden de mi hijo... Hasta hoy viví esperando que él volvería a mí... Hoy me doy cuenta de que

lo he perdido para siempre... Debe creer que yo soy una mala mujer... Pero si un día le conocéis decidle que he sido buena... que sólo fui suya... y de nadie más. Adiós.

Kotja.

—¡Se va a matar! ¡Pobre Kotja! Yo la creo buena, la creo honrada... Sí... sí... Hay que buscarla inmediatamente—gritó el oficial.

Y casi enloquecido se dirigió a la jefatura de policía. Le prometieron hacer activas gestiones para hallar a Kotja, y con esta esperanza, el oficial regresó al lado de su hijo.

Debía encontrarse con una agradable sorpresa. Kotja estaba junto al niño. Kotja que había querido morir, pero a la que faltó valor para ello. La imagen de una Virgen que brillaba en medio de una callecita oscura le hizo apartar de su propósito.

—¡Madre de todos los hijos sin amor!—había sollozado—. ¡Perdón! ¡Tú me das fuerzas para seguir mi calvario!... ¡A mi hijo no le faltarán nunca los besos de su madre!

Y a poco de volver a estar junto a la cuna de su hijo, llegó Wladimiro quien apenas sin poder articular palabra, cayó de rodillas junto a la dulce campesina enamorada.

—¡Kotja! ¡Kotja!—gimió—. Creo en ti, en tu cariño y quiero que me perdones el abandono en que te tuve... Yo no sabía que nuestro amor hubiese fructificado... He sido un criminal y lo confieso. Pero ahora te quiero de veras, creo en tu dignidad



...estaba junto al niño.

y tu nobleza y sólo deseo de ti me acojas un poquito en tu corazón.

—¡Levanta, levanta, Wladimiro!... Una secreta esperanza me decía que debías volver... sino por mí... por el niño tuyo y mío...

Y sus manos blancas que el trabajo no pudo de-
formar, acariciaron suaves y trémulas las del ser
que lloraba de emoción..

FIN

Adquiera usted inmediatamente, si no lo ha hecho ya,
la **Biografía novelada** del ídolo del cine sonoro

JOSÉ MOJICA

con las canciones de EL PRECIO DE UN BESO y LA-
DRÓN DE AMOR, cuya primera edición ha sido agotada
en breves días y cuya segunda edición acaba de aparecer.

Lujosa presentación. Postal con dedicatoria.

Precio: **50 céntimos**

Acaba de aparecer:

MAMBA, por Eleanor Boardman y Ralph Forbes

En breve:

LADRÓN DE AMOR

por José Mojica y Mona Maris

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE



Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléf. 18551. - BARCELONA